
ANTONIO SOUZA

NIÑOS DE DIEGO RIVERA

El niño mexicano, con sus manos juntas y su gran sombrero, su mirada de venado y sus pies descalzos, azul su pantalón y el petate amarillo; y la niña mexicana con el rebozo de su madre en la silla de la cocina arrullando a la muñeca de palo.

José Guadalupe Castro a los dos años y medio mira con desconfianza a los pies del pintor Diego y se apoya contra el muro, vestido de chinampero, y la niña azorada con sus moños en las trenzas y su collar en el cuello se aburre y se intimida en el estudio. Jesús Sánchez, oriundo de San Juanico, es ya un señor y tiene tres años, vestido como estos otros dos que han venido a que los pinten con su camisas a rayas y su pantalón blanco.

El niño Carlos Prieto es rubio y no es indito, juega al badminton y lo ha traído su mamá, la que fuera Simoneta Jaqué y que siempre ha querido un retrato de Carlitos y ahora se lo pinta Diego sonriente y lleno de chinos; no como Carmelita Avilés, que a los cuatro años nos muestra una cabellera apenas ondulada enmarcando su rostro rezongón.

Juanita Flores es una niña de retablo, parece contarnos un milagro de alguna imagen de Coyoacán, de donde es vecino Roberto Rosales, el Robusto, con sombrero y chaqueta para el frío, con pantalones largos que casi le ocultan los zapatos y que parece un pequeño velador.

Defina Flores semeja hacer las cuentas de su futura cocina, lleva con aire de matrona su rebozo sobre los hombros y con gesto de dueña posa sus manos sobre su cintura, pero no lleva zapatos como la niña blanca que parece leerle a la indita con trenza algo que dice en una postal. Ella tiene el pelo corto, como niño. La pintaron en 1928 y la lectora lleva zapatillas con hebilla de plata, como si fuera monaguillo.

Modesta, en 1939, casi tira su juguete de barro mientras su pequeñísimo chongo apretado quiere saltar al cielo.

En 1939, también, vemos a una pequeña placera con su gran canasta cubierta por su rebozo en donde lleva tapada con una servilleta de flecos su mercancía y en su mano izquierda sostiene un blanco atado, con tortillas quizás, o nopalitos.

Sin fecha, un niño, de los que aún andan a gatas, sentado con su cabeza de Morelos, deliberando sobre alguna campaña; y la niña fea, Irene Estrella, caprichuda y bien peinada, tirada en su petate junto al gato que duerme la siesta, chupa sus palitos de colores en lugar de hacer casas con ellos; no atiende a su muñeca que parece desmayada después de recibir la carta, desmayada y no dormida, como la deliciosa niña tehuana, que sobre el piso extiende su cuerpo en sueño y de sus manos hace una almohada, ni sueña en la máscara de miedo que con gran aplomo nos muestra esta niña que ha de ser la hija de la criada, con su moño en sus cabello desordenado y su vestido en desaliño.

Formal y bien atildada, la del sombrero con moño y vestido bordado: sostiene un caballito de cartón como si fuera una madre que diera de mamar a su niño y nos mira con orgullo y confianza y casi parece que lanza un suspiro.

Los niños de Santiago Reachi parecen flores en un jardín blanco: el del ropón se maravilla con los globos de su hermana: son muchos para ella que tan formal y llena de lazos parece surgir de un nopal para irse flotando al cielo envuelta de colores.

¡Qué mirada sorprendida y qué secreta alegría en el niño de mi criada! ¡Cón qué garbo lleva al cinto su banda de colores! Su madre le mira, le mira, mira lejos Delfina Flores, india bonita y en sus brazos su sobrina Modesta nos mira a nosotros y nos muestra su medalla en la cadena.

Miran a sus hijos las dos madres: una a su niño mamar, y la otra a su niño dormir; nos miran las niñas de la muñeca con moño y la niña del caballito; mira el niño del sombrero de paja al pollito amarillo picotear y el niño que muerde su taco mira a las milpas.

Miran, miran los niños mexicanos al pintor gordo y grandote que los pinta, a Diego que les ha dado un dulce o que les cuenta un cuento, que no quiere que se cansen, que ve que el niño mexicano abre sus grandes ojos de venado en asombro ante los mil colores de su estudio, que escucha la paz de su taller, y el ir y venir del pincel del que supo mejor que nadie cantar la flor de nuestra tierra.